

La biblioteca del seminario

El investigador Ángel Ibisate describe la enjundiosa historia de la institución alavesa

SOCIEDAD LANDAZURI/ Hasta el 30 de noviembre se expone en el Archivo de la Diputación una interesante muestra titulada 'Libros ilustrados del Quijote, siglos XVII-XIX / Kixoteren liburu irudiztatuak, XVII-XIX. mendeak'. Se trata de una exposición con los fondos que del genial libro posee la biblioteca del Seminario diocesano de Vitoria. Es un estupenda contribución al IV Centenario del Quijote, cuya primera parte, como es bien sabido, apareció en 1605. No es, por cierto, la única contribución en Álava, porque, dejando aparte conferencias y charlas, hemos de decir, y lo hacemos muy contentos, que es inminente la publicación del libro 'Cervantes vascófilo', de Julián Apraiz, según la última edición de este excelente libro, de 1889. Como se recordará, en un artículo publicado en esta sección el 21 de febrero, hablando de esta obra, sugeríamos que se hiciera una edición facsímil. Pues bien, la idea ha sido recogida y pronto veremos en la calle el libro.

Pero, al hilo de la citada exposición, hoy queríamos mencionar una pieza muy importante del patrimonio cultural de la provincia: es la biblioteca del Seminario diocesano. Desde hace tiempo deseábamos hacerlo, y la ocasión nos ha salido al encuentro, al leer un cuidado texto contenido precisamente en el catálogo de la exposición. Es un catálogo que contiene asimismo otros artículos, a cargo del diputado foral de Cultura, Federico Verástegui; José Manuel Matilla; Jesús M^a González de Zárate; José Eguía; Ricardo Ciérbide; Laurentino Aliende y Ricardo Garay.



Vista del edificio del Seminario diocesano de Vitoria. / EL CORREO

El texto que da pie a este comentario de hoy se debe a Ángel Ibisate Lozares. Se titula 'La biblioteca del Seminario diocesano'. Es una breve pero enjundiosa historia, escrita por este incansable investigador a quien tanto debe esa institución.

Traza Ibisate la historia de la biblioteca desde los primeros fondos reunidos por el sacerdote Ambrosio Aguirre, quien en 1852 adquirió el vitoriano palacio de Escoriaza-Esquíbel, creando allí el Seminario que años después llevaría su nombre. Con motivo de la erección de la Diócesis de Vitoria, en 1862, se hizo patente la necesidad de un nuevo edificio para la formación de los seminaristas, lo que llevó a la construcción del nuevo Seminario, junto a la ya catedral (hasta 1862 colegiata) de Santa María, para albergar a 700 futuros curas. Hay que tener presente que la nueva diócesis comprendía, salvo detalles, las provincias de Álava, Vizcaya y Guipúzcoa, hasta entonces repartidas en las diócesis de Calahorra, Santander y Burgos.

En ese seminario siguió enriqueciéndose la biblioteca, y particularmente con donaciones y compras. Ibisate menciona especialmente la aportación de los libros pertenecientes a José María de Álava y Urbina (1816-1872), nacido en Hueto Arriba, catedrático de Derecho Romano en la Universidad de Sevilla, donde fue rector. A él pertenecieron valiosísimos libros que pasaron a la biblioteca del Seminario, y entre ellos muchos de los volúmenes mostrados por primera vez en la exposición con que hemos abierto nuestro artículo de esta semana.

'Sentido de continuidad'

Vino después la construcción del Seminario que hoy conocemos, cuya inauguración tuvo lugar el 28 de septiembre de 1930, hace 75 años, con la presencia del rey Alfonso XIII. Ángel Ibisate describe con acierto, dentro de la brevedad, la altura conseguida por aquel Seminario en todos los aspectos, lo que lo convertía en uno de los mejores de España, con profesores que dejaron huella, tales como José Miguel Barandiaran, Manuel Lekuona, Leoncio Arabio-Torre o Antonio Pildain. No hace falta decirlo, en todos esos años la biblioteca continuó creciendo, hasta llegar a la espléndida realidad actual, de unos 6,5 km de estanterías, y cerca de 250.000 obras. De éstas, muchas de ellas muy antiguas: 845 volúmenes del siglo XVI; 1.419 del XVII y 5.586 del XVIII. En ese 'sentido de la continuidad', que reiteradamente defendemos, hay que mencionar, e Ibisate lo hace, la labor callada de quien fue durante muchos años director de la biblioteca, José Zunzunegui (1911-1974).

Hay que descubrirse ante la biblioteca del Seminario, que tantos frutos ha dado, y también para profesores y alumnos de fuera (singularmente quizá para apoyo de la joven Facultad de Filología y Geografía e Historia). No son, ciertamente, buenos tiempos para el Seminario. Pero las sociedades civilizadas saben hacer frente a las crisis y guardar su patrimonio cultural como es debido. Así tiene que ser con esta gran biblioteca.